

abandonaron la unidad de doctrina constante, que es el verdadero carácter de la Iglesia de Jesucristo.

También han variado con respecto á la unidad del ministerio subordinado á un solo jefe, puesto que primeramente consideraban, lo mismo que nosotros, al Obispo de Roma como centro de unidad y fuente de toda jurisdicción; luego reconocieron al patriarca de Constantinopla como único superior de su Iglesia, y posteriormente formaron dos grandes sectas, á saber, una que continúa obedeciendo á este patriarca, y otra sometida á un sínodo supremo establecido en Rusia, cuyo jefe independiente es de hecho el Emperador. Y no se crea que esta pretension del Czar lo sea de nuestros días, porque ya á mediados del siglo XV Basilio III se separó del patriarca de Constantinopla, proveyendo las sillas episcopales con la *aprobación* de sus obispos; Iban III dió personalmente la investidura con el báculo pastoral; Fedor I nombró un patriarca de su propia autoridad, y por último en 1700 y 1721 Pedro I creó un sínodo supremo para gobernar las iglesias con arreglo á la voluntad del Autócrata. No es posible que posean la misión indispensable para el gobierno de la Iglesia, porque debió de quedar en la gran sociedad de que se separaron.

Quedan terminadas nuestras investigaciones en orden á las sectas protestantes y á los cismáticos griegos. No debe reconocerse en estas sociedades cristianas la constitución establecida en su Iglesia por el divino Salvador; mas aun cuando se observase en ellas algunas partes de esta constitución, tampoco podrían considerarse como la verdadera iglesia, porque esta debe poseerlas todas absolutamente, sin excepcion alguna.

En otra conferencia examináremos si la tercera de las grandes sociedades cristianas, que es la que lleva el nombre de católica-romana, presenta todos los caracteres de la verdadera constitución de la Iglesia establecida por Jesucristo.

CONFERENCIA XV.

LA VERDADERA IGLESIA DE JESUCRISTO RESIDE EN LA SOCIEDAD CATÓLICO-ROMANA.

EL DR. Ya que la verdadera Iglesia de Jesucristo no reside en el Protestantismo ni entre los cismáticos griegos, es preciso buscarla en

la sociedad católico-romana, que forma la tercera de las grandes divisiones cristianas. Así desearia que examinásemos si esta sociedad posee todas las partes de la constitución de la Iglesia de Cristo.

EL TEÓL. Todas absolutamente las posee. En primer lugar, es constante que los Católicos forman en el día una sociedad visible en sus miembros, en sus pastores, en su disciplina y en sus ceremonias, sin que pueda señalarse una época posterior á los tiempos apostólicos en que esta sociedad haya sido invisible, como sucede entre los Protestantes y entre los griegos cismáticos. Sigamos el curso de los siglos, y la veremos siempre en medio de las naciones, pues aunque fue perseguida mas de trescientos años, nunca fue destruida ni ocultada, debiendo decirse que en los siglos de persecución aparece todavía mas brillante por el valor de sus gloriosos Mártires, cuya fe y heroísmo se vieron proclamados hasta los últimos extremos del universo.

La sociedad romana es la *ciudad* situada sobre la montaña, que las naciones han visto de lejos, acudiendo apresuradamente á ella para que las contase en el número de sus habitantes. Las sectas cristianas dan á esta Iglesia el nombre de *Católica*, como su carácter propio y su distinción particular, porque por ella se extiende el reino de Jesucristo hasta los confines del mundo, siendo la tierra su patrimonio. Por lo demás, nadie puede negarle esta extensión manifiesta en todas las partes del universo, como que la vemos en todos los Estados de Europa sin excepcion alguna, siendo en muchos la dominante, como en Italia, en España, en Portugal, en Francia, en Bélgica, en Austria, en Bohemia, en Irlanda, etc. Muchos cantones de Suiza, como ya sabeis, son católicos; en Inglaterra acrece cada día de una manera notable; en Holanda posee un crecido número de iglesias; en los otros países del Norte en donde dominan el Protestantismo y los cismáticos griegos, hay también varios individuos de la sociedad católico-romana con sus iglesias y su culto; en el continente y en las islas de Levante apenas hay una ciudad de importancia que no contenga algunos fieles y ministros de la sociedad romana; en América los Católicos ascienden á mas de veinte y dos millones, y este número va siempre en aumento; en el Asia, aunque no es fácil determinar su número, puede asegurarse que apenas hay un país extenso donde no se halle establecida; en la Oceanía va creciendo actualmente de un modo muy satisfactorio, y en la mayor parte de los países habitados y civilizados del África existe también la Iglesia romana, pues aunque hace catorce siglos que dejó de reinar en la parte septentrional del suelo africano, tan célebre en otro tiempo por el

número é ilustracion de sus iglesias y por la gloria de sus pontífices, actualmente restablecen en ella su imperio tan religioso como civilizador; y ¿quién sabe si Dios en sus impenetrables designios no le reserva la gloria de sus antiguos dias de fe, de saber y de heroísmo cristiano? Es, pues, evidente que la sociedad católico-romana se halla esparcida moralmente en todo el mundo.

Tambien es evidente que el número de sus individuos es superior al de cada una de las sectas protestantes; mas aun cuando consideremos el Protestantismo de una manera colectiva, ¿en dónde veremos la superioridad numérica? En Europa, segun estadísticas bastante recientes, hay ciento y tres millones de Católicos romanos por cincuenta y dos millones de Protestantes: en América la mayoría cuenta mas de la mitad en favor de los Católicos: en Asia no tiene duda que son mucho mas numerosos que los individuos de las diferentes sectas: en África la superioridad del número está tambien en favor de los Católicos, y los cismáticos griegos que, segun se dice forman en Europa y en Asia unos treinta millones, son muy inferiores á los Católicos romanos aunque los calculemos en cuarenta millones. Tampoco debe pasarse en silencio que la Iglesia no solamente posee en nuestra época el Catolicismo local, y relativa á las sectas cristianas; porque ya en los primeros siglos se hallaba esparcida por toda la tierra, como dicen los santos Doctores, á manera de un árbol inmenso que extiende sus ramas hasta las extremidades del mundo¹.

EL DR. No admite duda que la Iglesia romana ha sido siempre visible desde los primeros siglos del Cristianismo y que siempre ha estado en posesion del carácter católico; mas ¿es acaso tan fácil demostrar que entre los Católicos hay la unidad necesaria para la verdadera Iglesia de Jesucristo?

EL TEÓL. Para convencerlos de ello considerad esparcida hasta las extremidades de la tierra á esta sociedad católica, que así la llamaremos en adelante, contando por millones sus individuos, que tanto difieren por la educacion, las costumbres y las lenguas como por las distancias; examinad en qué consiste su fe en aquellos países, y en todas partes la hallaréis idéntica.

¹ El R. P. Perrone calcula el número aproximado de los cismáticos griegos, incluidos los rusos, en treinta millones; el de los Nestorianos, Jacobitas, Armenios, etc., en once millones; el de los Protestantes en Europa en cuarenta y seis millones, y en América en once millones. De esta cuenta resulta que los disidentes son noventa y ocho millones, al paso que los Católicos esparcidos en todo el mundo ascienden á ciento ochenta millones. (Tom. II de su Teológ.).

El tártaro católico sabe y cree el mismo símbolo, y admite el mismo número de Sacramentos que el italiano, el habitante del Senegal y zelandés; de suerte que si bien es verdad que los teólogos están en desacuerdo sobre ciertos puntos doctrinales, contándose sus opiniones por centenares, nuestros adversarios, si quieren ser justos con los Católicos, observarán sin dificultad que las opiniones de los teólogos versan sobre puntos que pueden admitirse ó desecharse sin perjuicio de la creencia de la Iglesia. La fe es una entre los pastores, los teólogos y los fieles, de manera que solamente nosotros podemos decir con verdad: Una sola fe como un solo Señor. Si examinamos los tiempos anteriores hasta la Iglesia primitiva, comparando de siglo en siglo la fe de los Católicos, nos convenceremos de la identidad de su objeto, sin otra diferencia que en el modo de expresarlo, á proporcion que las herejías han alterado la fe; porque en estos casos se la ha definido en términos mas claros y precisos, sin modificar en lo mas mínimo su fondo.

Tambien se aplica á los Sacramentos lo que decimos de la fe, porque los Católicos admiten en todas partes el mismo número, que son los mismos que se administraban en la edad media y en los tiempos de la primitiva Iglesia. Examinando la sociedad católica, no podrá menos de sorprendernos la perfecta unidad que reina en su ministerio y en su gobierno: los miembros y los pastores reconocen en todas partes el mismo Jefe supremo, á quien están subordinados todos los Obispos, al paso que estos hallan obediencia, docilidad y respeto en los ministros inferiores, que están en relaciones mas íntimas con los pueblos, y á quienes enseñan, como dogma de fe, á respetar la jerarquía que constituye la fuerza y la gloria de la Iglesia católica. Y no se crea que la jerarquía sea un hecho de nuestros dias, puesto que ha existido en todas las épocas de los siglos cristianos. Así ¿quién puede negarnos esta magnífica unidad que caracteriza la verdadera Iglesia de Jesucristo?

¿Qué dirémos de la santidad de la Iglesia católico-romana? Su autor es uno, Jesucristo, el Santo de los Santos: sus dogmas y su moral, despues de sujetos al mas severo exámen, resultan admirables y perfectos, y un manantial fecundo de todas las virtudes. Si nuestros adversarios desean que les mostremos la santidad de los miembros que componen nuestra Iglesia, nos contraerémos á decirles, ya que se creen y se proclaman la Iglesia reformada ó la pura y santa sociedad del Cristo: mostradnos vuestros santos y santas, si los teneis; y sin ocuparnos mas en los nuestros irémos á santificarnos con vosotros.

Confesamos que la santidad de las personas no se prueba de la misma manera que los otros caracteres de la Iglesia católica, porque es una calidad que no cae bajo la jurisdiccion de los sentidos, como la visibilidad y el Catolicismo. Aun suponiendo que en el dia no puede demostrarse en el mundo cristiano la santidad de ninguna iglesia por medio de milagros evidentes, no por esto deja de ser cierto que hay Santos en la tierra, en la verdadera sociedad de Jesucristo, prescindiendo del lugar en donde existe, puesto que siempre debemos profesar en el símbolo que la Iglesia es santa, lo cual no podria creerse ni proclamarse, si la Iglesia fuese un vaso de corrupcion, ó una reunion de pecadores enemigos de Dios. Echando una ojeada á las tres grandes divisiones cristianas, ¿en dónde veremos testimonios de santidad y ejemplos de virtudes heroicas entre personas de todas edades y de todas condiciones? Si un pagano instruido en nuestras costumbres religiosas tuviese que fallar con imparcialidad en este punto, juzgaria, no hay que dudarlo, en favor de la Iglesia católica. ¿En dónde están, podria decir á los Protestantes, esos miles de jóvenes católicos que se sobreponen al afecto de su familia, para establecerse en las provincias que les designan sus superiores, que atraviesan á veces la inmensidad de los mares para dedicarse al cuidado de los pobres, de los enfermos, de los ancianos y de los niños, sin otra recompensa que el impulso de su heroica caridad? ¿En dónde teneis esos hombres y mujeres que renuncian al mundo para dedicarse á la oracion y á la mortificacion de la carne, separándose de la tierra para hacerse mas dignos del cielo y unirse con vínculos mas estrechos al Criador? ¿Qué contraste se observa entre vuestros evangelistas y los misioneros católicos que vienen á anunciarnos la Religion! Estos se ven pobres y desinteresados, practicar todas las virtudes, cuidar de los apestados y cimentar con su sangre las verdades que predicán en nombre de Jesús; al paso que los evangelistas, como los llamais, se ven atados con vínculos que comprimen la generosidad, el desprendimiento, el amor de la pobreza y todas las mas grandes virtudes. Como buenos padres de familia, viven para sus mujeres y para sus hijos, trabajan con celo y con perseverancia en procurarles un bienestar terrestre por la misma profesion de su ministerio evangélico; como tiernos esposos y padres, no tienen fuerza suficiente para separarse de sus mas queridos objetos; y por esto los asocian á sus viajes apostólicos, para proporcionarse algunos ratos de solaz en sus empresas evangélicas. Así es que no es dudoso el resultado en favor del misionero católico, pues este se granjea la voluntad de los infieles con

el esplendor de sus virtudes, inspirándoles una moral santa, convirtiéndolos á la fe, y trocándolos en celosos cristianos. Para no multiplicar demasiado los contrastes, me contraigo á estos hechos positivos y manifiestos, y declaro sin temor de engañarme, que si en la tierra hay Santos, es preciso que se formen en la sociedad de los Católicos-romanos, que tan nobles virtudes inspira por su moral y por sus dogmas, llevando al mas alto punto la caridad y el desprendimiento.

Puede demostrarse tambien la santidad de nuestra Iglesia con el ejemplo de los Santos que ha formado por su fe, por su moral, por sus Sacramentos y por sus prácticas. En este punto no tendríamos que contraernos á las pruebas anteriores de la santidad, porque puede establecerse por los mas notables y auténticos milagros. Demostrarémos que en todos los siglos, si así lo quieren nuestros adversarios, Dios ha manifestado su poder entre nosotros ó por sus servidores, que como san Francisco Javier imponian órdenes á las tempestades, á las olas, á las enfermedades y á la muerte, ó por la invocacion de los Santos que gozan de la bienaventuranza del cielo. Además de estos prodigios puede citarse la heroica y sobrenatural constancia de los millones de Mártires que han derramado su sangre por la fe católica; porque todos estos heroicos servidores de Dios son hermanos nuestros, todos han profesado nuestra fe, recibido nuestros Sacramentos, y obedecido las mismas autoridades espirituales; todos se llamaban, como nosotros, y cifraban su gloria en el título de Católicos; todos se han santificado en nuestra Iglesia, ilustrándola con sus virtudes y milagros. Tales son los títulos de santidad que muestra desde tantos siglos la Iglesia católico-romana en todas las regiones del universo.

EL DR. Falta examinar todavía el carácter apostólico.

EL TEÓL. Fácilmente se prueba que tambien poseemos esta propiedad distintiva de la verdadera Iglesia de Jesucristo, como que nuestro origen asciende hasta los mismos Apóstoles, sin que se interpongan otros nombres, como sucede en las seclas, entre los primeros ministros de Jesucristo y nosotros. Nadie puede designarnos por Ambrosio, ni por Agustin, ni por Bernardo, porque no son estos de quienes descendemos; y aunque estos hombres ilustres han brillado sin duda en nuestra Iglesia con un esplendor muy vivo, la Iglesia era anterior á ellos. Ninguna alteracion han introducido en la fe, ni en los Sacramentos, ni en la constitucion de la Iglesia: miembros eran de la inmensa sociedad fundada por los Apóstoles, que tambien es la nuestra, y á la cual estamos unidos por los mismos vínculos. Comprendiendo la necesidad de este origen apostólico, los

Protestantes quieren atribuírselo exclusivamente segun hemos visto; pero no deja de ser una pretension muy singular y muy injusta la de suponerse sucesores de los Apóstoles, puesto que han alterado la fe, la doctrina y las prácticas primitivas, de suerte que su ministerio no está enlazado en manera alguna con el ministerio de los Apóstoles. Los únicos que pueden reivindicar este origen son los Católico-romanos, porque demuestran que su fe, su doctrina, y su ministerio son absolutamente los mismos que en los tiempos apostólicos; y si se indica una diferencia siquiera ó una alteracion real en la fe y en los Sacramentos, renunciamos desde luego á tan gloriosa sucesion.

El carácter apostólico se manifiesta especialmente entre los Católicos por la constitucion de su ministerio sagrado, pues hay muchas iglesias que cuentan la sucesion de sus obispos hasta el siglo de los Apóstoles; y la mas célebre de todas cuenta sus pontífices desde Pio IX, que con tanta gloria la gobierna en nuestros dias, hasta el Príncipe de los Apóstoles que es su fundador. «¡Qué conviccion de «la verdad, decía el gran Bossuet, cuando ven que desde Inocencio XI, que tan dignamente ocupa en el dia la primera silla de la «Iglesia, se asciende sin interrupcion hasta san Pedro!» Tambien atestiguaban esta sucesion los Padres de la Iglesia, oponiéndola á los novadores como un auténtico testimonio de la legitimidad del ministerio católico; porque la mayor parte de las otras iglesias fueron fundadas por los obispos que enviaron los Soberanos Pontífices, ó con su autorizacion y en su comunión. Así es que en todas está enlazado el ministerio con la institucion de los Apóstoles, en las unas directamente y por una sucesion no interrumpida, y en las otras por una fundacion indirecta que toma su fuente y su autoridad del mismo sucesor de san Pedro.

La mision legítima acompaña entre nosotros á la sucesion, de suerte que si un ministro careciese de ella, sea por no haberla recibido nunca, ó por habérsela quitado sus superiores, seria un ministro intruso, porque no conservaria la jurisdiccion del gobierno, sino tan solo el poder de orden. Por tanto si un obispo funda una iglesia sin mision del Soberano Pontífice, todo lo que se refiere á la jurisdiccion y al gobierno es radicalmente nulo, pues es preciso que estas palabras de poder: *Como mi Padre me envió, así os envío yo tambien á vosotros*, sean para los ministros sucesores de los Apóstoles la fuente de donde proceda su jurisdiccion espiritual. Así es como está constituido nuestro ministerio... El sacerdote que se dedica á la santificacion de las almas tiene mision de su Obispo, y este la tiene del

Soberano Pontífice, legítimo heredero de la mision de Pedro, que la recibió de la misma boca del divino Salvador.

Hemos examinado anteriormente de qué ministros se componia en los tiempos apostólicos el ministerio de la Iglesia, la manera con que entraban en ella, y los cargos que debian desempeñar en la misma. Los ministros de que se forma en el dia la jerarquía católica son como siguen: Obispos, Sacerdotes y Diáconos. Pedro tenia la primacía de honor y de jurisdiccion, que es la que se encuentra en la sociedad católico-romana; y así como en la primitiva Iglesia los ministros eran introducidos en el ministerio por medio de la imposicion de manos, del mismo modo lo han sido siempre entre nosotros.

La predicacion de la palabra divina, el Bautismo, el Sacrificio, la Eucaristía, la Penitencia ó reconciliacion de los pecadores, la imposicion de manos á los bautizados ó la Confirmacion, la Uncion de los enfermos: tales son las funciones principales que hemos observado en los tiempos apostólicos, y que san Pablo llama en términos generales dispensacion de los misterios de Dios. Y ¿qué es lo que se observa constantemente en la Iglesia católica? ¿A qué funciones se dedican sus ministros, segun el orden de la jerarquía? Á las mismas invariablemente que en el primer siglo de la Iglesia. Verdad es que el culto exterior ha sufrido algunas modificaciones, y que por su forma difiere entre nosotros del que se practicaba en las catacumbas en tiempo de la persecucion; mas en el fondo los misterios son los mismos, como tambien son los mismos los Sacramentos y las mismas las funciones sagradas.

Hemos examinado atentamente la constitucion establecida por Jesucristo en su Iglesia. Hemos dicho que Jesucristo quiso que la Iglesia fuese siempre visible, derramada por el universo entero, una en su fe, en su doctrina, en sus Sacramentos y en su ministerio, santa en su ensenanza y en muchos de sus individuos, y fundada por la predicacion de los Apóstoles, que no solamente debian enseñar la doctrina de su divino Maestro, sino tambien establecer ministros que se dedicaran posteriormente á la santificacion de las almas. Siempre visible, católica, una, santa y apostólica: hé aquí la constitucion de la Iglesia de Jesucristo. ¿En dónde existe esta constitucion? ¿Cuál es la sociedad cristiana que la posee? En vano la hemos buscado en el Protestantismo y en la Iglesia cismática de los griegos, porque ni los unos ni los otros han podido mostrarla: nos hemos dirigido á la sociedad católico-romana, examinando detenidamente la fe, la doc-

trina, el culto, el ministerio, la duracion y la extension, y en ella solo hemos reconocido la constitucion de la verdadera Iglesia de Cristo. La sociedad de los Católico-romanos, y lo decimos sin temor de ser desmentidos, es la Iglesia, una, santa, siempre visible, católica y apostólica, que estableció en la tierra el divino Redentor.

EL DR. Habeis usado muchas veces la expresion de *católico-romana* para designar la sociedad de los Católicos, seguramente porque el Papa, jefe de esta Iglesia, es Obispo de Roma. Desearia que me explicárais en breves palabras el origen y la extension de este primado de los Soberanos Pontífices.

EL TEÓL. Para responder metódicamente á vuestra pregunta empezemos por sentar que los Obispos de Roma ocupan la silla de san Pedro, y que son sus legítimos sucesores. Á excepcion de algunos amigos de paradojas, todos los escritores están acordes en sostener que san Pedro, despues de haber salido de Antioquía, fué á fundar la Iglesia de Roma, en donde estableció su silla gobernándola hasta su muerte. Despues del glorioso martirio de este Apóstol le sucedió san Lino, que dirigió la misma Iglesia en calidad de Obispo; y la série de sucesores de Pedro ha continuado siempre sin interrupcion, siendo tan reconocido este hecho entre los Doctores cristianos, como que no pocas veces llaman á la silla de Roma la silla de Pedro, la cátedra de Pedro. «Yo me comunico con la silla del Pescador, decia san Jerónimo al papa Dámaso, y estoy en comunion con la cátedra de Pedro.» «¿Qué os ha hecho la cátedra de Roma en donde se «sentó san Pedro?» preguntaba san Agustin. A estas autoridades imponentes, que los teólogos citan en gran número, se une la tradicion de todos los siglos y la creencia universal de nuestro tiempo para atestiguar que los Obispos de Roma son los verdaderos sucesores de san Pedro en la silla fundada por este. Sentado este precedente, debemos afirmar que los Papas han sucedido á san Pedro en el primado que del Salvador recibió este Apóstol, no como una distincion personal ó solamente honorífica, sino para la utilidad permanente de la Iglesia de Jesucristo. El primado debe subsistir por consiguiente en sus legítimos sucesores; el Obispo de Roma es el único á quien pertenece el poder del Príncipe de los Apóstoles, y el único á quien se dijo en la persona de san Pedro, el primero y mas ilustre de sus predecesores: *Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas*. La Iglesia católica ha reconocido constantemente este primado de honor y de jurisdiccion en los Obispos de Roma, llamados por distincion

Papas ó Soberanos Pontífices. «La Iglesia de Roma, dice san Ireneo, «debe ser el centro de las otras iglesias, en razon de su primado¹.» Segun san Atanasio, los Papas están colocados en la cumbre de las iglesias para gobernarlas á todas, y los concilios generales de Éfeso y de Calcedonia, lo mismo que los concilios de Occidente, reconocen este doble primado de los Soberanos Pontífices, pues el primero manda que se obedezca y se venera la silla de la gran Roma, al paso que el segundo la llama cabeza de todas las iglesias; y pide al Papa la confirmacion de lo que ha hecho, dándole el nombre de poder y elevacion. En el concilio de Florencia se establecieron claramente la sucesion del Soberano Pontífice y su primado sobre el universo entero como jefe de la Iglesia universal. No ha quedado estéril este primado, ni ha sido un vano título de honor en manos de los Papas, supuesto que en todos tiempos se han visto consultados por las iglesias para que les diesen pastores, reglas de conducta y decisiones doctrinales; en todos tiempos han mandado y castigado con severidad, convocando los Concilios, y presidiéndolos en persona ó por medio de sus legados; de suerte que su jurisdiccion se ejerce en todo el universo, no como una concesion ó una tolerancia de parte de la Iglesia, sino como un derecho imprescriptible de la silla de Pedro, á quien han sucedido legítimamente.

CONFERENCIA XVI.

LA INFALIBILIDAD DE LA IGLESIA.

EL DR. Al explicar las diferentes partes de la constitucion que Jesucristo dió á su Iglesia, habeis mentado la infalibilidad, difiriendo su exámen para mas adelante. ¿Estais dispuesto á discutir este punto?

EL TEÓL. Lo discutiremos en esta conferencia con toda la extension y cuidado que requiere la importancia de una materia tan capital. Comencemos por establecer que la verdadera Iglesia de Jesucristo es infalible, es decir, que no puede aceptar ninguna doctrina opuesta á la fe, porque de lo contrario prevalecerian contra ella las puertas del infierno, ó sean el error y la herejía, dejando de cumplirse por consiguiente las promesas del divino Salvador. Tampoco seria la Iglesia la sociedad de los que creen en la verdadera fe de Je-

¹ Lib. 3.